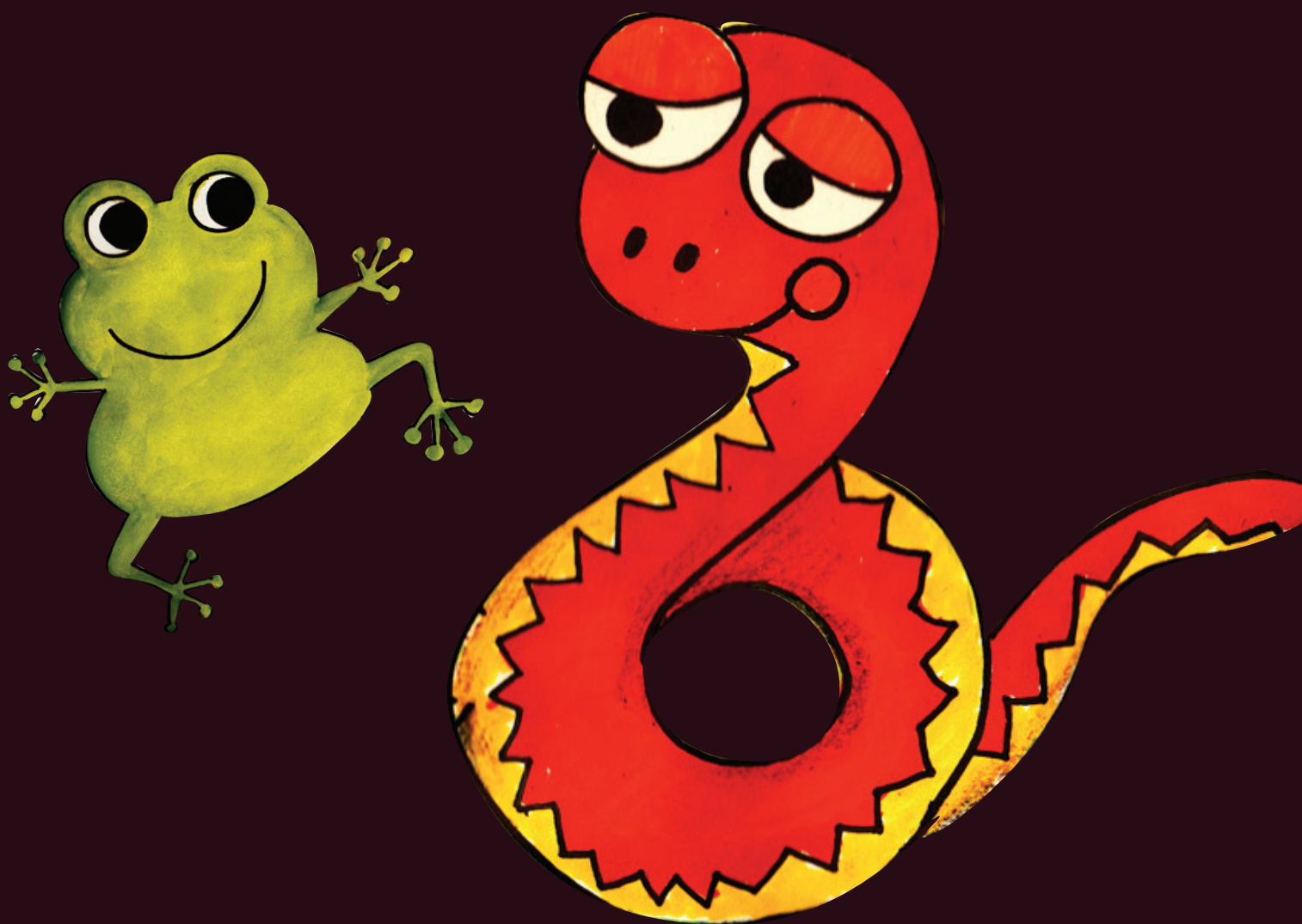


La rana y la serpiente

La xaronca y la culiebra



En el Congo, al igual que en otros países africanos, caminar de la mano es signo de amistad. De esta forma, en el camino se van intercambiando historias y compartiendo parte de la vida



CONGO



Un bebé rana saltaba por el campo, cuando se encontró con un ser muy raro que se arrastraba por el suelo. Al principio se asustó mucho, ya que jamás había visto un gusano tan largo y tan gordo. Además, el ruido que hacía al meter y sacar la lengua de su boca era como para ponerle la piel de gallina a cualquier rana. Se trataba de un bicho raro, pero tenía, eso sí, los colores más hermosos que la bebé rana había visto jamás.

Este vistoso colorido alegró inmensamente a la bebé rana y le hizo abandonar de un momento a otro sus temores.

Fue así como se acercó y le habló.

— ¡Hola! —dijo la bebé rana, con el tono de voz más natural que encontró

—. ¿Quién eres tú? ¿Qué haces arrastrándote por el suelo?

—Soy un bebé serpiente — contestó, con una voz llena de silbidos. Las serpientes caminamos así. — ¿Quieres que te enseñe?

— ¡Sí, sí! —exclamó la bebé rana, impulsándose hacia arriba con sus dos larguísimas patas traseras, en señal de alegría.

El bebé serpiente le dio entonces unas cuantas clases. Luego de un par de horas de intentos fallidos, en los que la bebé rana tragó tierra por montones y terminó con la cabeza clavada en el suelo varias veces con sus largas patas agitándose en el aire, la ranita pudo por fin avanzar algunos metros, aunque de forma bastante cómica.

— Ahora yo quiero enseñarte a saltar. ¿Te gustaría? —le preguntó la bebé rana a su nuevo amigo.

— ¡Encantado! —repuso el bebé serpiente, haciendo remolinos en el suelo, de la emoción.

Y la bebé rana enseñó entonces al bebé serpiente. Para el bebé serpiente fue tan difícil aprender a saltar como para la bebé rana aprender a arrastrarse por el suelo.

— ¡Nos vemos mañana a la misma hora! —dijeron al despedirse.

Cuando llegó a casa, la bebé rana contó emocionado lo que había sucedido a su madre

— ¡Hola mamá, mira lo que aprendí a hacer!

¿Quién te enseñó a hacer eso? — gritó la mamá rana furiosa,

Un bebé serpiente de colores que conocí esta mañana — contestó la bebé rana.

— ¿No sabes que la familia serpiente y la familia rana somos enemigas?

— siguió tronando mamá rana — .Te prohíbo terminantemente que te vuelvas a ver con ese bebé serpiente.





— ¿Por qué?— preguntó triste la bebé rana.

— Porque las serpientes no nos gustan, y punto. Son venenosas y malvadas.

— Pero si el bebé serpiente no me odia. Él es mi amigo —replicó la bebé rana, con lágrimas en los ojos.

— No sabes lo que dices. Y deja ya de quejarte, ¿está bien?

Cuando el bebé serpiente llegó a su casa, le ocurrió algo similar.

— ¿Quién te enseñó a saltar de esa manera tan ridícula? —le preguntó su mamá, parándose en la cola de la rabia.

— Una bebé rana graciosísima que conocí esta mañana.

— ¡Las ranas y las serpientes no pueden andar juntas! ¡Qué vergüenza!

Al día siguiente, a la hora de la cita, la bebé rana y el bebé serpiente no se saludaron. Se mantuvieron alejados, mirándose con desconfianza y recelo, aunque con una profunda tristeza en el corazón.

Y es por ello que ranas y serpientes nunca coinciden en la misma charca. Y así ha seguido siendo desde entonces.